



# Carla y el lago.

Raquel Pisa Muñoz



Hace no mucho tiempo, tan sólo unos pocos años, vivía una niña en una casa preciosa con jardín, junto a sus padres, Sara y Bruno, y a su perro Coco. Sus padres le habían puesto de nombre Carla pues, además de ser un nombre mágico, era una palabra que denotaba fuerza, la misma fortaleza y vigor que las estrellas le habían regalado a aquel bebé el día de su nacimiento.

Una tarde, a principios de verano, mientras jugaba con su amiga María en el jardín de su casa, su mamá se acercó muy despacio hasta ella.

- ¿Carla? Tengo que hablar contigo – le dijo Sara.

Pero la niña no la escuchaba. Ella jugaba junto a su amiga y su perro, y no dejaba de reír y de gritar.

- Carla – la llamó entonces su padre con voz serena.

La niña se introdujo en la casa y se dirigió hasta el sofá. Su padre estaba sentado en él. Ella se sentó junto a Bruno.

- ¿Sí, papá?

- Me han llamado del trabajo. Tenemos que mudarnos, me trasladan. Tengo un nuevo empleo, en otro lugar.

- ¿Dónde papá? – preguntó la niña.

- No muy lejos de aquí... En un pueblecito, a los pies de las montañas.

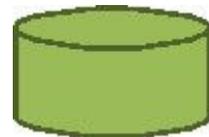
- Pero, ¡yo no me quiero ir! No quiero dejar a mis amigos... Si me voy, ¡no les volveré a ver!

- No te preocupes. Vendremos siempre que quieras – contestó el padre.

Ya era tarde. La amiga de Carla había regresado a su casa y la niña debía acostarse. Con lágrimas en los ojos se echó a la cama y se tapó con su mantita de nubes azules. Carla pensó en todo lo que iba a abandonar: su colegio, sus amigos, su parque... Con lágrimas en los ojos, Carla al fin se durmió.

Al día siguiente, cuando Carla se levantó de la cama, sus padres ya habían hecho las maletas y estaban desayunando.

- ¡Vamos Carla! Come algo.



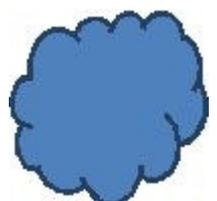
A la niña le encantaban la leche y los cereales, así que se tomó todo el bol que su madre le había preparado con mucho cariño antes de que ella se hubiese levantado de la cama. Una vez acabado el desayuno, los tres, junto al perro Coco, abandonaron la casa, se metieron en el coche y se fueron de aquel hermoso barrio.

Pero, cuando llegaron a la casa de las montañas, Carla, antes de bajar del coche, dijo que se sentía enferma. El padre la llevó en sus brazos hasta su nuevo cuarto y la tumbó en una cama de colchón mullido con un edredón rosa. Las paredes del cuarto eran de color lila, y toda la habitación estaba repleta de muñecas.

- ¿Ves? – le dijo el padre -. La hemos decorado como a ti te gusta.

- ¡Yo quiero volver con mis amigos! – exclamó ella, testaruda.

- Lo siento, Carla. Ahora nuestro hogar está aquí, en este pequeño pueblo.



- Vale, papá – contestó resignada. Luego se dio media vuelta y, de tan cansada que estaba, se durmió.

A la mañana siguiente Sara estaba muy preocupada, su hija estaba muy enferma. No tenía fiebre, ni le dolía nada. Sin embargo, no podía levantarse de la cama. Sara llamó al doctor.

Al cabo de las horas, tras varias visitas de buenas vecinas que le llevaron leche y pasteles a la recién llegada y enferma niña, el doctor Bosque llamó a la puerta.

- Pase, doctor – le invitó Sara.
- Gracias.

El médico de aquel acogedor pueblecito se acercó a Carla.

- ¿Qué te ocurre, princesa? – le preguntó.
- No lo sé – respondió ella.

El doctor le miró los ojos, luego los oídos, y después la garganta nada extraño. Entonces le tocó la tripita, pero pensó que todo en esos momentos, el doctor le pidió a Sara que saliera de la habitación. Después, se sentó junto a la niña.



- ¿Por qué estás triste, niña? – le preguntó.
- ¡Echo de menos a mis amigas...! – lloraba Carla.
- Ellas te daban fuerza y coraje, ¿verdad?
- ¡Sí! – exclamó Carla.



El doctor Bosque llamó inmediatamente a la madre de la niña.

- Carla ciertamente está enferma. Ha perdido la felicidad. Para volver a hallarla deberá marchar al Lago de los Cisnes; sus aguas sanan todos los males.
- Está bien, doctor – dijo Sara -. ¿Y cómo se llega hasta ese lugar?
- No se preocupe – respondió el doctor -, el guardabosque les acompañará y les mostrará el camino.

Una vez Bruno hubo regresado a casa tras una larga mañana de trabajo, la madre de Carla le contó todo lo ocurrido. Le dijo que debían marcharse cuanto antes pues su hija necesitaba el agua de aquel mágico lago. Luego fue a la habitación de Carla para vestirle y peinar sus dorados cabellos. Después, los tres, junto al guardabosque y a Coco, emprendieron la marcha.

Carla iba sobre la espalda de su padre, como si se tratara de una mochila. La madre iba junto a ellos, con una cesta llena de comida y de leche. El guardabosque caminaba más rápido, haciendo crujir las hojas del suelo, para llegar al lago antes de que fuera de noche.

La niña, que sentía recobrar su antigua fuerza, saltó al suelo y persiguió a su perro Coco, pues esa era una de las cosas que la hacían más feliz.

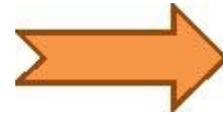
- ¡Venga, venga! – le animaba -. ¡Tenemos que llegar al Lago de los Cisnes lo antes posible!

Pero la niña se giró y, asustada, comprobó que estaban solos. ¿Dónde estaban sus padres y el guardabosque? ¡Se había perdido!



- ¡Oh, no! – gritó -. ¿Y ahora qué hacemos?

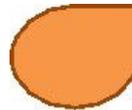
Carla decidió seguir caminando.



- ¿Carla? – escuchó de pronto.
- ¿Quién ha hablado? – chilló Carla al no ver a nadie.
- ¡Soy yo, la marmota!

La niña observó a su alrededor y contempló a un gracioso animal del tamaño de su perro con aspecto de roedor.

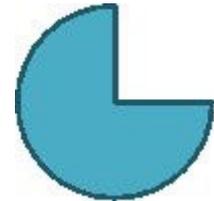
- ¿Puedes hablar?
- ¿Y tú? – preguntó la marmota, molesta.
- Por supuesto, soy una niña – dijo Carla.
- ¿Y qué buscas en este bosque? - le preguntó la marmota.
- El agua del lago para sanar mi tristeza.
- ¿Tu tristeza? ¡Ten! – el animal le ofreció un fruto del bosque -. Para sanar, debes comer...
- Gracias – respondió la niña.



Luego, la marmota se marchó y Carla y Coco siguieron su camino. Caminaron minutos, puede que horas. Y Carla no encontraba a sus padres por ninguna parte.

- ¡Mira, Coco – gritó al perro -, es una cría de oso!

El perro, asustado, salió corriendo. Pero Carla se acercó al osito.



- ¡Hola! ¿Dónde está tu mamá?
- Ha ido a buscar comida – dijo el pequeño oso cuyo pelaje era del color de las avellanas.
- Muy bien – respondió ella.
- ¿Y dónde están tus papás? – preguntó el oso.
- Han ido al Lago de los Cisnes, en busca de agua para curar mi tristeza.
- ¿Y por qué estás triste? – le preguntó el oso.
- Porque ya no puedo ver al resto de mi familia.
- Tus papás son tu familia... Si fueras valiente, lo sabrías ¡Y no tendrías miedo! – le increpó el oso.
- ¡No tengo miedo! – replicó Carla.
- Toma este peluche – le ofreció el osito -. Debió caérsele a algún niño que caminara hace tiempo por aquí. Si lo abrazas, te dará fuerza.

Carla le dio las gracias al oso y se marchó en busca de sus padres. Pero no había caminado ni unos pasos cuando se topó con un cisne.

- ¡Qué hermoso! – exclamó la niña llena de entusiasmo -. ¿Qué haces tan lejos del agua, pequeño?
- ¡Te equivocas! Estoy más cerca del agua de lo que tú te crees.
- ¿Ah, sí?
- ¡Por supuesto! Nos encontramos muy cerca del lago al que tú te diriges.
- ¿Y cómo sabes que voy al lago, hermoso cisne blanco?



Él rió.



- La magia que descansa en el agua nos lo cuenta todo...
- Oh – exclamó ella, impresionada.
- Mira – le dijo el cisne – allí están tus padres, junto a las aguas del lago. Observa sus rostros, están muy preocupados por ti.
- ¿Y, qué puedo hacer? – preguntó Carla.
- Vuelve junto a ellos y busca el amor. Si crees en el amor, después de beber el agua del lago, te curarás.

Carla se despidió de su amigo el cisne y corrió hasta donde se hallaban sus padres, el guardabosque y su perro Coco.

- ¡Mamá, papá! – gritó.
- ¡Carla! – exclamaron los padres al verla.

Se fundieron en un abrazo del que Carla no se quería soltar. Aunque, al fin, los padres se desprendieron de los bracitos de la niña y le preguntaron:

- ¿Dónde has estado, Carla?
- Me perdí – respondió ella -. Pero unos pequeños amigos me han ayudado a encontrar lo que buscaba.
- Ten – le ofreció el padre un vaso -. Ahora debes beber esta agua.

La niña posó su mirada en el lago de cristalinas aguas y en los cisnes que nadaban sobre ellas. Era un paraje muy hermoso... Carla al momento tomó el vaso y bebió. El agua recorrió el cuerpo de la niña y llenó de felicidad su corazón. Sabía que nunca más estaría triste, pues todo su ser comprendía que tenía lo que más deseaba en el mundo: amor.

Así, felices y unidos, todos juntos regresaron al pueblo, donde vivirían para siempre.

